

modidad ingleses, absorbieron las rentas que durante seis años habia acumulado su notario. Reducido estrictamente á sus cuarenta mil francos, creyó prudente igualar sus gastos con sus ingresos: y despues que hubo lucido sus trenes, alternado con los jóvenes mas distinguidos de la ciudad y cazado en su compañía en sus tierras de Lanstrac, comprendió Pablo que la vida de provincia era imposible sin el matrimonio. Demasiado joven aun para ocuparse en cálculos avariciosos ó en especulaciones mercantiles, meta obligado de todos los provincianos cuidadosos del porvenir de sus hijos, muy pronto sintió pérdidas y echó de menos esas distracciones que constituyen la vida en Paris. Pero no fueron bastante para hacerle volver atrás de sus proyectos, ni el cuidado de sus hijos y bienes, ni las desiguales relaciones que le crearia una casa en donde se reunirían las principales familias del pais. Se habia enamorado desde su llegada á Burdeos de la reina de las hermosas de la ciudad, de la célebre Madlle. Evangelista.

A principios del siglo, un rico español lla-

mado Evangelista fué á establecerse á Burdeos en donde tanto sus recomendaciones como su fortuna hicieron que la nobleza le juzgare digno de alternar con ellos. Algo contribuyó tambien su muger, á sostenerle entre aquella aristocracia, que quizás le habia abierto sus salones tan solo por zaherir á la sociedad *bourgeoise*. Además Mad. Evangelista, criolla y acostumbrada á estar servida por esclavos, descendia de los Casa-Real, ilustre familia española: vivia con lujo asiático, ignoraba el valor del dinero, y sus menores caprichos, por costosos que fuesen, se veian al momento satisfechos por un esposo enamorado. Sentíase feliz el español al verla tan dichosa en Burdeos, y tanto por esto, como por sus negocios que le obligaban á permanecer allí compró un palacio, amueblóle y dió pruebas de un gusto en todo, exquisito. En Burdeos, desde 1800 á 1812 no se habló de otra cosa sino de los esposos Evangelista. El marido murió en 1813, y su viuda, muger de unos treinta y dos años, heredó una inmensa fortuna en nombre de su hija, lindísima niña de once años que con el tiempo prometia ser

una perfecta señorita. Los efectos de la restauracion la alcanzaron á pesar de su habilidad y el partido realista se depuró abandonando algunas familias á Burdeos. Nada cambió en su casa á pesar de esto y á pesar de que la faltaba su marido en la direccion de los negocios. Por la época en que Pablo se resolvía á volver á su pátria, Mdle. Evangelista era una jóven hermosísima y en apariencias el mas rico partido de Burdeos, pues se ignoraba la progresiva aminoracion de los capitales de su madre que por prolongar su reinado habia dilapidado sumas enormes. El público continuaba creyéndola rica; sus brillantes fiestas y lujosos trenes no dejaban adivinar otra cosa. Natalia, que así se llamaba la jóven, llegó á los diez y nueve años sin que ninguna proposicion de casamiento llegase á oídos de su madre. Acostumbrada á satisfacer los caprichos de su hija, Mdle. Evangelista lucia cachemiras, tenia joyas y vivia en medio de un lujo que deslumbraba á los especuladores, en un país y una época en que los niños calculaban tambien como sus padres. Esta frase fatal—Solo un

príncipe puede tomar por esposa á Mdle. Natalia Evangelista—circulaba de boca en boca en salones y reuniones. Las abuelas con nietas, las madres de familia y las jóvenes, celosas de la elegancia y despótica belleza de Natalia, procuraban pérfidamente sostener aquella opinion, y cuando oian á algun jóven soltero que admirando á Mdle. Evangelista, exclamaba—¡Dios mio, que hermosa es!—Sí, contestaban á su oído, pero muy cara. Si algun recién llegado á Burdeos encontraba encantadora á Natalia y digna de un hombre que desease ser feliz—¿Quién seria bastante atrevido, respondian, para casarse con una jóven que necesita mil francos al mes para su tocador, que tiene caballos, doncellas y gusta encages. ¿Solo el importe de las cuentas de su lavado y plancha de fino, satisfaria á un hombre de regular posicion. Para trages de mañana solo, tiene veneras, cuyo engaste cuesta seis francos.

Estas y otras razones propagadas á manera de elogios apagaban los mas ardientes deseos que pudieran despertarse en un hombre. Reina Natalia de todos los bailes, acosada por la li-

sonja, perseguida por las sonrisas de sus admiradores, solo conocia la vida en su superficie. Vivía como el pájaro que vuela, como la flor que nace, encontrando siempre á su alrededor á algúien dispuesto á satisfacer sus caprichos. Ignoraba el valor de las cosas, no conocia la ciencia de conservar los capitales y aumentar las rentas. Quizás creía que todas las casas tienen sus cocineros, lacayos, coches, doncellas y criados, como los prados sus plantas y sus flores. Eran para ella lo mismo los mendigos, los pobres, los árboles desgajados y los terrenos incultos ó sin vejetacion. Mimada por su madre como su mas risueña esperanza, jamás alteraba la fatiga sus placeres; vivía en el gran mundo como el corcel en el desierto, como el pájaro en el aire.

Seis meses despues de la llegada de Pablo á Burdeos encontráronse en una reunion *la fleur des pois* y la reina de los salones. Al principio se miraron con frialdad, pero recíprocamente se juzgaron encantadores. Interesada Mad. Evangelista en espiar los efectos producidos por aquel encuentro, que ya tenia previsto, adivinó

en los ojos de Pablo los sentimientos que le animaban y se dijo—Será mi yerno.—Pablo, al ver á Natalia, tambien habia exclamado—Será mi esposa.—La opulenta fortuna de los Evangelista era proverbial en Burdeos, y Pablo conservaba aquel recuerdo entre los de su infancia—así es que encontraba la conveniencia pecuniaria sin necesidad de recurrir á esas pesquisas y debates que tanto repugnan á las almas tímidas ú orgullosas. No faltaron algunos que le dijeron que era imposible resistir á los encantos de Natalia, pero que calculase bien su lujo, los inmensos gastos de la jóven, que mirase por su porvenir; Pablo solo contestó con su desdén. Conocido por todos en breve tiempo este modo de apreciar aquellas pullas, pronto desaparecieron de los lábios que tantas veces las habian repetido: Pablo imprimia el mismo carácter á sus ideas que á sus maneras y costumbres. Habia importado el desarrollo de la personalidad británica y sus glaciales límites; habia puesto en moda las chanzas byronianas, el desprecio de los lazos sagrados, la vajilla é ironía inglesas, la depreciacion de los usos y

viejas costumbres de provincia, los cigarros, el charol, los guantes pajizos y el galop. Succedióle á Pablo lo que no habia acontecido hasta entonces; ninguna muger se atrevió á hacerle retraer de sus propósitos. Mad. Evangelista le invitó á sus banquetes: ¿podia faltar Pablo en unas fiestas á las que asistian los jóvenes mas distinguidos de la ciudad? Iba entrando poco á poco en la senda del matrimonio á pesar de la frialdad que afectaba; frialdad que no engañaba ni á la madre ni á la hija Evangelista. Cuando Manerville pasaba montado sobre su brioso caballo, los jóvenes se detenian en su paseo y decian de modo que aquel les podia oír—Hé ahí un hombre feliz: hermoso, rico, y que va á casarse con Mademoiselle Natalia; el mundo solo tiene placeres para él.—Si encontraba en su camino la carretela de Madame Evangelista, era saludado con particular distinción por las dos señoras. La sociedad es cómplice de muchas desdichas; jamás causa bien alguno y por otra parte cuando vé manifestarse el mal que tan cuidadosamente oculta, entonces le rechaza y se

venga en nombre de la ley ó de las costumbres. La aristocracia de Burdeos, creyendo que ascendia á un millon el dote de Natalia, ya la miraba como condesa de Manerville, sin esperar el consentimiento de ambos. Sus fortunas y sus costumbres eran parecidas. Pablo, acostumbrado al lujo y elegancia en que vivia Natalia, habia hecho amueblar para él solo su hotel, con mas esplendidez de la que cualquiera de ellos hubiera lucido con Natalia. Un hombre habituado á los gastos que ocasiona la sociedad de París y á los caprichos de las parisienses, era el único que podia evitar los apuros pecuniarios que necesariamente habia de llevar consigo el matrimonio con una criatura, tan criolla, y tan gran señora ya como su madre. En el punto donde hasta los bordeleses mas enamorados de Natalia se hubieran detenido, avanzaria evitando su ruina el conde de Manerville. El matrimonio, pues, era cosa resuelta. Cuando se trataba esta cuestion ante los mas elevados personajes de la sociedad legitimista siempre oia Pablo aduladoras frases que lisonjeaban su vanidad.

--Todos os hablan aquí de Madlle. Evangelista. Hareis muy bien casándoos con ella, por que ni en París encontraríais tan brillante partido: elegante, bella y graciosa, pertenece á los Casa-Real por su madre. ¡Qué encantadora pareja! Los mismos gustos, el mismo género de vida, el palacio mas hermoso de Burdeos. A vuestra muger con llevar su gorro de dormir, le basta. En estos casos, una morada tan espléndida como la vuestra, vale mas que un dote. Además, suegras como Mad. Evangelista hay pocas. Esa muger con su talento y gracia os servirá de mucho en la vida política á que aspirais. Es capaz de todos los sacrificios por su hija, á quien adora, y Natalia será, ya lo vereis, una muger escelente, porque adora á su madre.

—Todo eso está muy bien, contestaba Pablo, que á pesar de su amor queria conservar libre su albedrío, lo que conviene es que tenga feliz desenlace.

Poco tardó Pablo en visitar á Mad. Evangelista con el fin de entretener sus horas ociosas. Era el único sitio en donde respiraba la atmós-

fera de lujo y grandeza á que estaba acostumbrado. A los cuarenta años Mad. Evangelista poseia aun una belleza parecida á la magnífica puesta de sol de un dia sin nubes. Su reputación sin mancha era ensalzada en todas las reuniones; y la curiosidad y estrañeza de las mugeres era tanto mayor cuanto que la viuda poseia el temperamento propio de las españolas, y particularmente de las criollas. Sus cabellos eran como el ébano, sus ojos negrísimos, su pié y cintura andaluces; una cintura de esas que se cimbrean como las palmeras, y cuyos movimientos tienen un nombre particular en España. Su rostro, hermoso aun, seducía por ese tinte criollo indescriptible y cuya encendida blancura solo puede idearse comparándola con la de una muselina arrojada sobre un pedazo de púrpura. Sus redondas formas atraian por esa gracia especial que sabe reunir la dejadez con la vivacidad, la fuerza con la languidez. Dominando seducía, y enamoraba sin prometer. Su estatura alta y airoso porte, le prestaban la magestad de una reina. Como poseia en alto grado el génio de la intriga,

enredábanse los hombres en su conversacion como los pájaros en la liga; sabia conceder, pero armándose de todo lo que se la acordaba para atreverse á pedir una exigencia, retrocedia súbitamente cuando se la pedía el trueque. Ignorante en el fondo, poseia en la apariencia una inmensa instruccion hija de sus viajes y su frecuente trato con las personas mas distinguidas de algunas capitales. Recibia con esa finura y distincion que no se aprende, que constituye una segunda naturaleza en ciertas almas que saben asimilarse á todo lo bello que les rodea. Si su virtud era inesplicable, no por eso dejaba de imprimir cierto aire severo á sus palabras, acciones y carácter. La madre y la hija, además del cariño filial, se profesaban una verdadera amistad; jamás su perpétua intimidad vióse alterada por choque alguno; así es que muchos descifrabán el enigma de los sacrificios de Mad. Evangelista por su hija, con su amor de madre. Pero quizás no fué Natalia, á pesar de sus consuelos, el único motivo de aquella viudez obstinada. Decíase que Mad. Evangelista se habia enamorado de un hombre á quien

la segunda restauracion habia devuelto sus títulos y la dignidad de par. Este hombre, feliz si se hubiera casado con ella en 1814, habia roto dignamente sus relaciones en 1816. Madame Evangelista, la mejor señora del mundo en la apariencia, poseia una espantosa cualidad de que no puede darse idea sino con la divisa de Catalina de Médicis: *Odiate é aspettate*. (1) Acostumbrada al dominio, á verse obedecida, se parecia á todas las magestades: amable, dulce, perfecta, fácil, se convertia en terrible, implacable cuando se la ofendia en su orgullo de muger, de española y de Casa-Real; no perdonaba jamás. Creía en el poder de su ódio y estaba convencida de que era el sino fatal de sus enemigos: desplegabá este poder sobre el hombre que la habia burlado, y los sucesos acusaban la influencia de su poderío confirmandola la fé supersticiosa que poseia en sí misma. Aunque ministro y par de Francia, el noble antes mencionado, empobreció poco á poco, y por último se arruinó completamente.

(1) Aborreced y esperad.

Sus bienes, su consideracion política y personal, todo debia perecer. Mad. Evangelista pudo un dia verle á pié en los Campos Eliseos desde su brillante coche, pudo abrumarle con una mirada en que lucia un infinito goce en su triunfo. Esta aventura impidióla un segundo matrimonio por espacio de dos años: mas tarde, su orgullo le habia sugerido siempre comparaciones entre sus pretendientes, y el marido que tan sinceramente habia amado. Así, pues, de errores en cálculos, de esperanzas en decepciones, alcanzó esa edad en que no sienta bien á las mugeres otro oficio que el de madre, en que se sacrifican á sus hijos y no abrigan otras miras que la de ser un prudente gefe de familia, último escalon de las afecciones humanas. Poco costó á Mad. Evangelista el adivinar el carácter de Pablo, pero disimuló el suyo. Pablo era el hombre que se habia forjado para yerno, un editor responsable de su futuro poder. Pertenecia por su madre á los Malincourt, y la vieja baronesa de este nombre, amiga del vidame (1)

(1) Título honorífico francés.

de Palmiers, vivia en el centro del arrabal de San German. La viuda, que no habia conocido mas que á intervalos el París del imperio, queria brillar en el París de la restauracion. Pablo debia ser un escelente introductor de los Evangelista en el mundo parisien. Solo allí veia los elementos de una fortuna política, la única en que las mugeres de mundo pueden decentemente cooperar. Obligada Mad. Evangelista á vivir en Burdeos por los negocios de su esposo, se habia cansado: tenia allí casa y nadie ignora cuantos obstáculos y obligaciones crea esta razon, pero ya habia apurado todos los placeres que le habia brindado la ciudad, y deseaba con toda su alma abandonarla. Deseaba mayor campo á sus intrigas, así como los jugadores para arriesgar su dinero buscan siempre las partidas mas fuertes. Por puro egoismo soñó para Pablo un elevado destino; propúsose emplear en favor de su futuro yerno todos los recursos de su talento y de su tacto, pero con la esperanza de apurar, cubierta con aquel escudo, todos los goces del poder. Muchos hombres existen que sirven de biombo, por

29707

decirlo así, á infinitas ambiciones femeninas desconocidas. No era este tan solo el único móvil que impulsaba á Mad. Evangelista á apoderarse del marido de su hija, así es que Pablo se vió prisionero de aquella muger que le cautivó con tanta mayor facilidad cuanto que no aparentaba querer ejercer el menor imperio sobre él. Usó de este ascendiente para elevarse, para elevar á su hija, para poner precio á todo lo de su casa, á fin de dominar de antemano al hombre en quien veía el medio de poder continuar su aristocrática vida. Pablo creyóse superior desde que fué apreciado por la madre y por la hija. Creyóse mucho mas espiritual de lo que habia sido al ver sus pensamientos y frases pagadas por Madlle. Natalia, con una graciosa sonrisa ó una dulce mirada, con una aduladora palabra por su madre, en quien la lisonja parecia siempre involuntaria. Desplegaron estas dos mugeres tanta maestría, estuvo él tan seguro de que las procuraba un placer, le subyugaron tan completamente lisonjeando su amor propio, que al poco tiempo no

faltó ni un solo dia, ni una sola hora en el hotel Evangelista.

Un año despues de su instalacion en Burdeos, mostróse tan atento Pablo hácia Natalia, que todo el mundo creyó que le hacia la corte. Ni la madre ni la hija aparentaban pensar en el matrimonio. Madlle. Natalia guardaba para con él la reserva de la gran dama que sabe mostrarse encantadora y agradable, sin dejar avanzar un paso en el terreno íntimo. Aquel silencio, tan poco habitual en todos los provincianos, agradó sobremanera á Pablo. Los tímidos son por lo general recelosos; una proposicion brusca les arredra: rechazan la felicidad si se les presenta de un modo estrepitoso, y se entregan con frecuencia á la desgracia si va á buscarles modestamente. Así, pues, Pablo se comprometió él mismo al ver que Mad. Evangelista no hacia ningun esfuerzo para ello. La española le sedujo al decirle cierta noche, que hay, en las mugeres de génio superior como en los hombres, una época en que la ambicion ocupa el lugar de los primeros sentimientos de la vida.

—Esta muger es capaz, pensaba Pablo al salir, de hacer que me den una embajada antes de ser diputado.

El hombre es un ser incompleto y se espone á mas de un peligro, si en todos los casos y circunstancias no procura examinar bien las cosas bajo sus diferentes faces. En aquel momento Pablo era optimista; en todo veía ventajas y no creía que una suegra ambiciosa pudiera convertirse en tirano. Todas las noches, al despedirse, forjaba mil ilusiones, se creía ya casado, y se calzaba él mismo suavemente la zapatilla del matrimonio. Había gozado demasiado tiempo de su libertad para experimentar alguna pena al perderla; la vida de soltero no tenía ya encantos para él, solo le presentaba inconvenientes, mientras que en el matrimonio adivinaba infinitos placeres desconocidos.—El matrimonio, se decía, solo puede desagradar á los pobres, la mitad de sus inconvenientes no existen para los ricos. De día en día descubría mas ventajas en el hombre casado.—Por alta posición que ocupe, Natalia siempre estará á mi altura, lo que no deja de ser un gran mé-

rito. ¡A cuantos hombres del imperio he visto yo sufrir horriblemente á causa de sus esposas! ¿No es una de las primeras condiciones para ser feliz, el no sentir jamás rebajado nuestro orgullo por la compañera que escojemos? Nunca puede considerarse un hombre desgraciado poseyendo una muger bien educada, que no le ponga en ridiculo y que le sepa ser útil. Natalia recibirá á las mil maravillas.—Entonces procuraba recordar las mas distinguidas señoras del arrabal de San German, para convencerse de que Natalia podía, si no eclipsarlas, ser considerada como igual suya en su trato con ellas. La balanza siempre caía del lado de Natalia; los términos de comparación, imaginados por Pablo, se plegaban naturalmente á sus deseos. París le hubiera ofrecido cada dia jóvenes de diverso carácter, de belleza diferente, y la multiplicidad de impresiones habria dejado su razon en equilibrio, pero en Burdeos Natalia no tenía rivales, era flor única, que dejaba admirar todos sus encantos en unos momentos en que Pablo se hallaba tiranizado por una idea á la que sucumben la mayor

parte de los hombres. Estas razones de yuxtaposición, unidas á las del amor propio y á una pasión real que para ser satisfecha no podía tener otro desenlace que el matrimonio, hicieron germinar, crecer y desarrollarse en Pablo un amor insensato que no se atrevió á confesárselo él mismo, y que solo consideró, y así lo hizo creer, como deseos de casamiento. Procuró juzgar imparcialmente á Madlle. Evangelista como hombre que no quiere comprometer su porvenir; resonaban aun en su oído las terribles palabras de su amigo Marsay, pero como sucede siempre, las personas habituadas al lujo poseen una aparente sencillez que engaña; le desdennan sirviéndose de él, y si no el oficio, es el instrumento de su existencia. Pablo no imaginó, al parecerle tan conformes con las suyas las costumbres de aquellas señoras, que la ruina pudiese esconderse entre aquel lujo. Por otra parte, si existen algunas reglas para atenuar las zozobras del matrimonio, no se conocen ningunas que las adivinen ó prevengan. Cuando el infortunio se levanta entre dos seres cuyo intento era la mútua felicidad, es

originado, y no tiene otra causa por el contacto producido por una larga intimidad que no existe de ningun modo entre dos futuros esposos, y que no podrá existir mientras no sufran en Francia las leyes y costumbres una transformación. Todo es hipocresía entre dos jóvenes prometidos, pero inocente, involuntaria; cada cual procura presentarse bajo una faz agradable; los dos luchan para ver cuál de ellos superará al otro, y forman entonces juicios que mas tarde no pueden explicarse. La vida verdadera, como la atmósfera, aparece con mas frecuencia entoldada y cubierta de nubes que pura, azul é iluminada por los rayos del sol. Los jóvenes no ven mas que los días serenos; mas tarde, atribuyen al matrimonio unos infortunios propios tan solo de la vida, porque existe en el hombre cierta predisposición que le hace ver siempre la causa de sus miserias en las cosas y personas que le rodean.

Para descubrir en la actitud ó en la fisonomía, en las palabras ó en los gestos de mademoiselle Evangelista, los indicios que hubiesen revelado el número de imperfecciones que ocul-

taba su carácter, como el de toda humana criatura, Pablo hubiera debido poseer no solo las ciencias de Lavater y de Gall, sino otra ciencia particular sobre la cual no se ha escrito ningun tratado, que es individual del observador y que exige conocimientos casi universales. Como el de todas las jóvenes, el rostro de Natalia era impenetrable. La profunda y serena paz que saben imprimir los escultores en las frentes de las vírgenes destinadas á representar la Justicia, la Inocencia y todas las divinidades á quienes no alcanzan las terrenales agitaciones, esta calma constituye el mas precioso encanto de una jóven, es el signo de su pureza; nada la ha conmovido aun; ninguna ilusion perdida, ningun aleve interés á anublado con sombríos pensamientos aquella plácida fisonomía. Continuamente al lado de su madre, Natalia, como toda muger española, no habia recibido otra instruccion que la puramente religiosa, aparte de otras lecciones á propósito para el papel que habia de representar un dia en la sociedad. La calma de su fisonomía era, pues, natural, constituyéndola un velo bajo el cual estaba encer-

rada la muger como la mariposa en su larva. Sin embargo, un hombre acostumbrado á manejar el escalpelo del análisis, hubiera sorprendido en Natalia alguna revelacion de las dificultades que su carácter debia presentar cuando tendiese libremente su vuelo en la atmósfera conyugal ó social. Su belleza, verdaderamente maravillosa, consistia en una admirable regularidad de facciones armónicamente proporcionadas con la cabeza y el cuerpo. Esta perfeccion es de muy mal augurio para el talento y se encuentran raras escepciones. Toda naturaleza superior tiene en la forma ligeras imperfecciones, que se convierten en irresistibles atractivos; puntos luminosos, en donde brillan opuestos sentimientos, en donde detenemos nuestras miradas. Una armonía perfecta anuncia la frialdad de las organizaciones mixtas. El redondo talie de Natalia era un signo infalible de fuerza, pero tambien un inequívoco indicio de una voluntad, que con frecuencia se convierte en obstinacion en las personas de talento oscuro y limitado. Sus manos estatuarias confirmaban las predicciones de su